

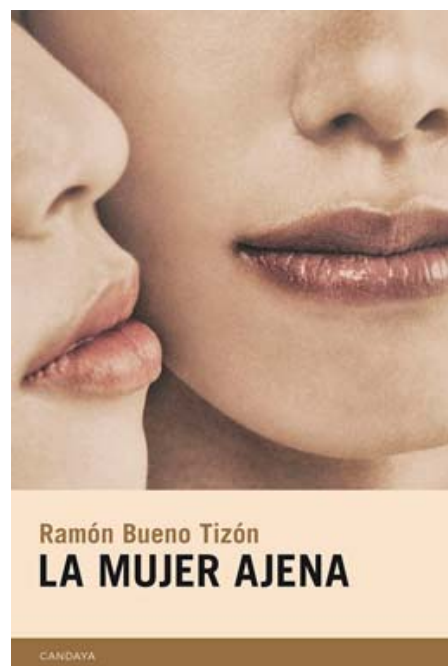
## Ramón Bueno tizón La mujer ajena

Candaya Narrativa 31

ISBN 978-84-15934-12-7

128 págs.; 21 x 14 cm / PVP 14€

**Once historias de seres huérfanos,  
perdidos en ciudades inhóspitas,  
con la mujer como hilo conductor**



### **La obra: *La librería quemada***

Una niña intenta salvar el espíritu de la Navidad ante los ojos de su hermano pequeño, mientras su familia y el país se derrumban. Unos adolescentes marginales comparten un grotesco y triste viaje iniciático. Un jinete fracasado y agobiado por las deudas se aferra a una esperanza tan débil como inútil. Un torero veterano se enamora de una bailarina exótica, que cree ser una princesa de la China imperial. Un inmigrante peruano en los Estados Unidos encuentra refugio en el insólito culto a una actriz porno japonesa... Historias de seres huérfanos, perdidos en ciudades inhóspitas, que tienen siempre como hilo conductor a la mujer, un serpreciado y a la vez distante, pero sobre todo ajeno, extraño y huidizo.

Teniendo a Lima como marco, pero con saltos espacio-temporales que van desde el antiguo Reino de Lidia hasta el desierto de Texas, pasando por el París de E. M. Cioran, *La mujer ajena* de Ramón Bueno Tizón es una metáfora inquietante de un mundo que se rige por la ley del más fuerte y donde apenas hay lugar para los débiles. Un libro sin concesiones, que pone el dedo en la llaga de algunos de los grandes males de nuestro tiempo: la miseria de la condición humana, la incomunicación, el desamor, el egoísmo o la desesperanza.

**El autor: Ramón Bueno Tizón**



Ramón Bueno Tizón nació en Lima, Perú, en 1973. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Lima y tiene un máster en leyes por la Universidad de Florida y otro en creación literaria por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha trabajado como abogado y periodista hípico en su país de origen y ha sido columnista de opinión en la página web Perú Liberal. Actualmente reside en Lima.

Es autor de la colección de cuentos *Los días tan largos* (Solar, 2006) y un relato suyo fue antologado en *Emergencias, doce cuentos iberoamericanos* (Candaya, 2013). *La mujer ajena* es su primer libro publicado en España.

### **Un fragmento de *La mujer ajena***

Weininger fue un genio que tuvo la sabiduría de suicidarse a los veintitrés años. Lo descubrí en el momento perfecto para mí, una tarde de abril en una biblioteca pública de Bucarest, y supe que había venido para salvarme. Leyendo *Geschlecht und Charakter*, fascinado con sus páginas cargadas de odio y lucidez, encontré lo que buscaba. Weininger me liberó de la atadura de la mujer, me curó del amor para siempre y me arrojó a esa bulliciosa escuela de vida que son los burdeles y las putas.

En aquel entonces, yo era muy joven y estaba terminando mi bachillerato en el Liceo Gheorghe Lazar, en Sibiu. Fue el año en el que abrieron el zoológico, poco antes de matricularme en la facultad de Filosofía. Era un chico insolente y tímido a la vez que leía todo Schopenhauer y contemplaba en silencio la belleza de una muchacha de mi edad, estudiante como yo.

Se llamaba Cella. Era un nombre dulce y eufónico, latino como el mío y los de mis hermanos, contestatario frente a la magiarización impuesta en Transilvania durante el Imperio austrohúngaro. Provenía del italiano y significaba *ella es libre*. Cella era una muchacha de ojos muy grandes, como los de un venado. Tenía el cabello rubio y lacio, con una raya al medio que lo separaba en dos vertientes que enmarcaban su cara. Llevaba las puntas rizadas, lo que le daba un aire decimonónico, de retrato en daguerrotipo. Pero lo que más me atraía de Cella era la perfección simétrica de su rostro de princesa, su cutis terso y lozano, blanquísimo.

Tiempo después, cuando buscaba mujeres en ciudades como Arad y Berlín, trataba de encontrar esos ojos, el cabello a dos aguas, cualquier cosa que me evocara las facciones de Cella. Casi nunca lo conseguí, pero alguna vez tuve, frente a mis ojos sin entusiasmo, el recuerdo lejano de Cella materializado en una sonrisa, en el perfil de una barbilla o en el trazo de una nariz. Me acuerdo con especial melancolía de una de aquellas mujeres. Fue en Brasov, cuando yo era profesor de filosofía. Imposible rescatar su nombre, solo diré que era una jovencita de carnes firmes y suaves. Tenía la sonrisa breve de Cella, los mismos dientes pequeños de ardilla. Una noche, luego de haber dictado mi clase, la fui a buscar y la encontré disponible. Tras el encuentro feroz, los gemidos falsos y verdaderos, llegó la calma, la languidez, la conversación. Me contó que su marido había muerto una semana antes. Cada vez que hacía el amor, veía su cadáver echado a su lado en la cama, rígido, los ojos abiertos a la nada. (Fragmento del cuento "Weininger y yo").